

SERMON

PARA EL SETIMO DIA DE LA NOVENA.

*Cor meum conturbatum est, dereliquit
me virtus mea; et lumen oculorum meorum
et ipsum non est mecum.*

MI corazón está conturbado, porque
me ha faltado el que era mi virtud,
y la luz de mis ojos no está ya conmigo.

Psalm, XXXVII, v. 11.

Justo es, M. A. O., que renazca en nuestros pechos aquella confianza de que nos despojara la desobediencia de nuestro primer padre. Si bien la venenosa serpiente inficionara la masa comun de la humanidad con un tósigo de muerte, cuyas funestas consecuencias se transmiten de generacion en generacion, el Dios criador del universo, el que nos formara para sí y para su gloria, no quiso se perdiera para siempre la obra mas perfecta que habia salido de sus manos; el hombre, al que habia formado á su imágen y semejanza, y como no pudiera producir el mundo, hombre capaz de satisfacer su divina justicia de la ofensa que habia recibido en Edem, determina enviar á su Unigénito Hijo para que revistiéndose de la humana naturaleza, se ofreciese víctima inocente en expiacion

del pecado del hombre: sí, porque necesario era una víctima de precio inestimable; una víctima que siendo igual al Padre á quien habia de ofrecerse, pudiese reparar suficientemente nuestra mortal caída.

Durante los cuatro mil años que tarda en realizarse la promesa del Mesías, se suceden unas á otras las figuras, los símbolos, los anuncios del Angel del gran Consejo, Príncipe de eterna paz y Padre del siglo futuro, que habia de libertar la raza proscripta; y si Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, David y todos los demas patriarcas y profetas descendieron al sepulcro sin haber logrado la dicha de haber visto aquel por quien tanto suspiraran, justo es que cesen ya nuestras ansias, porque llegado es el dia determinado en los consejos eternos para la Redencion del mundo: la lúgubre escena del Calvario realiza las profecías todas, y las figuras del Testamento antiguo. El Verbo Eterno figura y esplendor del Padre, ha derramado su preciosa sangre y lavado con ella los pecados del mundo: condenado á muerte por sentencia de un juez venal y esclavizado á los caprichos de un pueblo bárbaro é inhumano, ha consumado la grande obra de su amor.

Sí, cristianos: dirijid vuestras miradas al Gólgatha. ¿Veis aquel yerto cadáver que los piadosos varones José y Nicodemus bajan de la Cruz? ¿Veis aquella cabeza, toda taladrada con las punzantes espinas de la corona que para aumentar su martirio, tejiera la ingrata Sinagoga? ¿Sabreis decirme de quién es? ¿Le conocéis por ventura? ¡Ah! Es el verdadero Isaac que cargó sobre sus hombros la leña para su sacrificio, conduciéndola hasta el monte. El que sostiene con dos dedos la pesantez del orbe, llevó sobre sí el peso aun mas enorme de todas las iniquidades de los siglos pasados,

presentes y futuros : aquel ante cuyo trono cubren sus rostros las supremas inteligencias ha sufrido los insultos y las burlas de la deicida Jerusalem : el autor de cuanto existe , el Dios terrible que no hablaba á Israel sino por la voz del trueno y que no se aparecía sino entre nubes y relámpagos , ha muerto cual si fuese el mas criminal de todos los hombres en un patíbulo de afrenta.

¡Qué corazón habrá tan duro que no desfallezca á vista del espectáculo tan tierno y edificante que presenta el Calvario!... ¡Qué cristiano habrá que no considere sus pecados é ingraticudes, y en el yerto cadáver de Jesus el Salvador de su alma!

La divina Madre de Jesus , la que el Angel aclamara un dia bendita entre todas las mujeres; la luna hermosa, eclipsada en fuerza de las ennegridas sombras que cubrian su alma pura y sin mancilla; la heroica Madre de Jesus que al lado de la Cruz de su divino Hijo permanece inmóvil, y que ya ha recibido de manos de los piadosos varones José y Nicodemus la corona y los clavos, vá ahora á recibir en sus brazos el cadáver de su divino Hijo. Asi lo deseaba la bendita Madre de Jesus; pero este consuelo vá necesariamente mezclado á un nuevo dolor que ha de producirle en su corazón la contemplacion de sus llagas y heridas, y ved aqui, mis hermanos amadísimos, el objeto de nuestras meditaciones en esta tarde. Dolor de la Santísima Virgen al recibir en sus brazos el cadáver de su divino Hijo. Esta consideracion dará materia á la primera parte del discurso. En la segunda demostraremos los grandes triunfos de la Iglesia de Juscristo, conseguidos en todos los siglos de sus enemigos.

Imploramos antes de desenvolver la proposicion

establecida los auxilios de la divina gracia por la intercesion poderosa de la Santísima Virgen. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

¿Habeis leído alguna vez, M. A. O., aquellos cánticos sagrados con que el profeta celebraba la grandeza y majestad del Dios santo de Israel? ¿No los habeis oido entonar veces mil, bajo las bóvedas de nuestros templos? ¿No os habeis llenado de admiracion al contemplar el respeto y veneracion con que están en su presencia las celestiales inteligencias? Pues bien : aquel mismo Dios que en el Sinaí despedia truenos y relámpagos, que en Oreb se veia rodeado de luminosas y abrasadoras llamas; que en Cariatirin sembraba el espanto entre las huestes formidables de los filisteos: aquel Dios lleno de grandeza y de majestad ante cuyo radiante sólio ángeles y hombres á millares deponen sus diademas : aquel Dios omnipotente que llenó con su presencia el suntuoso templo del sábio de Israel: el que tiene en sus dedos pendientes las llaves del infierno y de la muerte, que no tiene semejante en el poder, y que dispone á su arbitrio del destino y de la suerte de las criaturas todas, es el mismo que cual un criminal ha muerto en el árbol de la Cruz, y cuyo cadáver bajan con la mayor reverencia los piadosos varones José y Nicodemus para colocarle en brazos de su angustiadísimá Madre.

Angeles del cielo, ¿conocereis ahora á aquel á quien un dia entonabais himnos de alabanza y prez como á Rey inmortal de los cielos y de la tierra? Profetas santos, ¿es este por ventura aquel Dios á quien

visteis un día cargado con los despojos de Idumea y Moab dando leyes al mundo y fijando su trono en medio de las naciones? Justos y Patriarcas del Testamento Antiguo, ¿es este aquel por cuya venida elevabais al cielo tan continuos y repetidos clamores? ¿Cómo es que ahora le vemos como á un hombre herido por Dios, despreciado por los hombres, objeto de la ira, del ódio, de la envidia de los descendientes de aquel mismo pueblo que siglos antes admiró su grandeza, contempló estático su poder, y cantó sus prodigios y maravillas en toda la tierra? ¿Cómo le ha quitado la vida aquel mismo pueblo que tantos y tan repetidos favores y beneficios habia recibido de sus soberanas manos?

Yo contemplo, mis señores, el divino cadáver de Jesus: contemplo las llagas de que está cubierto, sus heridas y cardenales, y no puedo menos de advertir en todo esto el exceso de su amor. Compadecido el Unigénito del Padre de la miseria, del envilecimiento, de la desgracia de un mundo pecador, se hizo en tiempo el mediador entre las criaturas y el Criador, y en este concepto no dudó aceptar este cargo tan penoso con todas las consecuencias que llevara consigo. Ved aquí por qué aparece trocado su poder en debilidad, su fortaleza en flaqueza, su gloria en humillacion. Ved aquí por qué siendo el autor de la vida le contemplamos presa de la muerte.

Observemos, señores, siguiendo el curso de la dolorosa historia de las escenas del Calvario, el descenso del sagrado cadáver de Jesus. Los piadosos varones que habian llevado á cabo su caritativa obra, luego que hubieron bajado de la Cruz el sagrado cadáver de Jesus, le colocaron en los brazos de su Madre, que

para recibirle se habia sentado en una piedra. ¡Oh qué momento tan terrible! María recibe en sus brazos á su Benjamin amado; ¡pero en qué estado! En su divino rostro se advertia aun el cardenal producido por la terrible bofetada que habia recibido en uno de los tribunales. Sus espaldas estaban hechas una viva llaga de resultas del tormento de la flagelacion, en el que habia recibido cinco mil azotes, y esto con tan inaudita crueldad, que como dice el padre San Bernardo, bastó para empapar el aire con su sangre. Los empellones, los golpes, las heridas, las pesadas cadenas con que le habian atado á la columna y los demas martirios que le hiciera sufrir la judáica rabia, habian destrozado su santísima humanidad, dejándole cual otro Job, sin parte alguna sana de los pies á la cabeza. María le contempla y recuerda que habiendo sido presentado al pueblo por Pilatos en tan lastimoso estado, no habia encontrado en nadie compasion, y aun resuenan en sus oidos aquellas bárbaras voces de *crucifigatur, crucifigatur*. Hánse cumplido, Hijo de mis entrañas, esclamaría la dolorida Madre, los deseos de la Sinagoga: tú que eres el justo por excelencia, has muerto del modo mas inhumano para dar la vida á los hombres: tu misericordia te ha puesto en el triste estado en que te veo, pero no has hallado misericordia alguna en los que has venido á salvar.

María es la mujer fuerte por excelencia: cuando su Hijo caminaba hácia el Calvario, ni el tétrico aparato, ni las relucientes lanzas, ni los semblantes airados de verdugos implacables, pudieron detenerla para abrirse paso por medio de la multitud. Deseosa de verle, habíase confundido entre la muchedumbre,

y lanzando alaridos que subian hasta el cielo, habíase abalanzado á aquel pedazo de sus entrañas, á cuya vista habia quedado desfallecida como aquel que ha sido repentinamente herido por un rayo.

Ahora, despues que ha tenido valor y resignacion admirable para ser testigo de su crucifixion y de su muerte, le tiene tambien para recibir en sus brazos su ensangrentado cadáver, disponiéndose á lavarle por sus propias manos y á acompañarle al sepulcro. Pero ella mira el cadáver sagrado, le contempla, y en el momento desfalleció su alma, cubriéndosele la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que fuera suficiente á concluir con su vida, si la providencia divina no la sostuviese para que fuese maestra de la naciente Iglesia. En este angustioso estado, me parece oirla esclamar de este modo: ¡Oh Hijo de mis entrañas! ¡Oh luz de mis ojos! ¡Oh centro de mi amor y objeto único de mi felicidad! ¡Cuál te ven hoy los ojos de tu afligida Madre! ¿Eres tú aquel divino Jesus, el mas hermoso de los nacidos de mujer, que formabas mi gozo y mis delicias? Yo veia en tu rostro la hermosura celestial; en tus lábios derramada la gracia y el encanto; en tus ojos veia brillar la luz de la gloria, todas tus formas me embelesaban y contemplándote era yo feliz. Pero sobre todo tu corazon, que era un volcan de fuego, do mi alma se liquidaba en amor. ¿Qué se ha hecho ahora de tanta hermosura, de tanta bondad, de belleza tan sin semejante? Veo cárdenos como los lirios del campo tus lábios, rubicundos antes como la escarlata: veo horadada tu frente por penetrantes espinas: de qué modo tan cruel te han tratado los que veces tantas dirigian sus sú-

plicas al cielo porque se apresurase tu venida al mundo: pocos días há que mi corazon se regocijaba, que mi alma rebosaba en júbilo al verte entrar por las puertas de Jerusalem en medio de las ovaciones de numerosas turbas que te aclamaban diciendo: «Bendito el que viene en nombre del Señor,» y despues ese mismo pueblo te ha escarnecido, te ha insultado, y pidiendo que tu sangre caiga sobre él y sobre sus hijos, te ha quitado inhumanamente la vida en un madero.

¿Quién duda, señores, que estos serian los sentimientos de la Santísima Virgen? Pero ella conocia que habia sido necesario que un Dios cayese para que el hombre se levantase. A no haber padecido y muerto Jesus, en vano esperara el mundo la dicha de la reconciliacion. Se reconcilió en fin: el pecador vive y la inmortalidad vuelve á ser su herencia para siempre.

Pero ¡oh desgracia! Cual si nada hubiesen padecido Jesus y María, el hombre se lanza de nuevo al crimen, se olvida prontamente de su Redentor, y despreciando sus infinitas bondades, busca él mismo la perdicion de su alma, de esa alma cuyo rescate tantas aflicciones y tormentos le costara. En un todo se muestra enemigo del Dios que le liberta, y cual si nada le hubiese dicho al espirar en la Cruz, goza labrando su propia ruina, y sus pasos temblorosos le conducen al lugar de donde le libertó el Dios del poder; porque á la verdad, mis hermanos, ¿qué idea formais al ver á un pecador que en vez de seguir el ejemplo de Jesucristo, tomando la cruz de la mortificacion, carga sobre sí el enorme peso de la iniquidad? ¿Qué idea formais de aquel que desoyendo la voz del